PSICOPATOLOGÍA

A CIEN AÑOS DE LA PSICOPATOLOGÍA GENERAL DE JASPERS. SU CONCEPTO DEL LÍMITE Y SUS RELACIONES CON EL POSMODERNISMO

(Rev GPU 2013; 9; 4: 403-410)

Hernán Villarino[1]

En 2013 se cumplen cien años de la primera edición de la Psicopatología General. Dicen los filósofos que Jaspers era psiquiatra y los psiquiatras, filósofos, de modo que todos despachan rápidamente el asunto y lo dan por felizmente concluido. Empero, aunque siempre se ocupara con la filosofía, Jaspers no tenía estudios oficiales sobre la materia. Por eso no es raro que hacia 1918, cuando pretendió y logró ocupar una cátedra en la Facultad de Filosofía, se opusieran no solo el Decano Rickert, sino buena parte de los académicos; y aunque todos se apoyaran públicamente en su carencia de titulación, los motivos reales fueron otros. Jaspers, en primer lugar, no apreciaba la filosofía de Rickert, y en el orden de las doctrinas la situaba en un lugar que a éste no le agradaba; de entre los filósofos vivos, aseguraba, sólo me han interesado Heidegger, Jünger y Klages, pero, agregaba, no estoy de acuerdo con ninguno de ellos; en cambio, consideraba que Max Weber, que no se dedicaba a la filosofía sino a la sociología, encarnaba a plenitud el tipo del filósofo. Por lo demás, el resto de los académicos veía con su nombramiento mermadas sus propias posibilidades de ascender y hacer carrera.

INTRODUCCIÓN

Cuando daba una clase, Jaspers se encerraba dos horas antes con los textos fundamentales de su disertación y meditaba sobre ellos, de modo que lo que ofrecía no era una selección enlatada de ideas sino el desarrollo actual de un filosofar vivo. A su juicio, la filosofía no se podía enseñar sino filosofando. Como en su concepto la filosofía no era una ciencia sino una actividad, se mostraba partidario de lo que desde antiguo se conoce como el arte mayéutico, concebido e inaugurado por Sócrates, es decir, ayudar a nacer lo que el otro ha concebido por sí mismo; por eso, la filosofía sólo se podía aprender a condición que cada cual hiciera por sí mismo la experiencia del filosofar. El maestro, en este caso, no es más que una partera, y desde luego la mera acumulación de información y conceptos le parecían un ejercicio inútil si el neófito no filosofaba por sí mismo.

[1] Docente del Dpto. de Bioética y Humanidades Médicas de la Escuela de Medicina de la Universidad de Chile.

Ahora bien, si la filosofía no es una ciencia ni una profesión, ni una especialidad, ni mucho menos un ejercicio académico, ¿en qué consistía realmente? Pues bien, se trataba de una actitud pensante, vital, total y libre (una *praxis,* no una *poiesis*[2]). Esta perspectiva coincide con la de Aristóteles, para quien l*a vida es espíritu y el espíritu es vida.* A la luz de estos antecedentes es evidente que Jaspers no pretendía ser novedoso, que es un objetivo esencial de los académicos, antes bien, compartía plenamente aquello de la *philosophia perennis,* es decir, concebía su filosofar como un ejercicio comunicativo donde se desarrollan en el propio vivir virtualidades presentes en la filosofía de todos los tiempos. Y prueba de ello son los cuatro tomos donde estudia y expone el filosofar del pasado, que abarca desde los presocráticos hasta Nietzsche. En fin, estas y otras cuestiones separaban a Jaspers de los demás profesores y lo mantenían aislado de ellos.

Pero tampoco caben dudas que fuera psiquiatra, aunque también muy peculiar, porque sus concepciones en este terreno estaban bañadas e iluminadas por la filosofía. Uno de aquellos conceptos, donde se aúnan claramente lo psiquiátrico y lo filosófico, es el de límite. Quisiéramos aprovechar la actual efeméride para reflexionar sobre él planteando sus tesis esenciales, en el bien entendido que al aislar de ese modo una idea capital no resulta plenamente inteligible, queda desprovista de toda la otra serie de conceptos que en el conjunto de la obra lo aclaran y le sirven de terreno para arraigar de modo efectivo.

EL CONCEPTO DE LÍMITE

Lo limitado se asocia a lo relativo y se opone a la totalidad, a lo absoluto y a lo incondicionado. El límite alude al fin de una cosa y por ende a otra que lo limita. Esta mesa tiene por arriba, por abajo y por los lados ciertos límites que son el lugar donde termina. Pero que termine la mesa, que sea limitada y finita, no significa que termine el mundo: más allá de ella hay sillas, la habitación que las contiene, el edifico donde está la habitación y así hasta el infinito.

La idea jaspersiana de límite ha pervivido en la filosofía posmoderna, que se caracteriza por una negación de lo absoluto y con ello de la metafísica. En el posmodernismo no hay, no puede haber, una filosofía primera (metafísica), porque se carece de datos inconcusos en los que afirmarse. En ella todo lo pensable es relativo al lenguaje, todo por ende está mediado por el lenguaje, pero el lenguaje son signos y los signos no son una cosa sino la referencia a una cosa; claro que si todo lo pensable es lenguaje los signos en realidad remiten a otros signos; por último, el lenguaje es creación humana y sometida al cambio. Si en el pensar no hay datos inmediatos de la realidad, si todo son mediaciones, signos que remiten a otros signos, además erosionados y transformados por el tiempo y la historicidad, es plenamente coherente que no pueda haber metafísica. El lenguaje es el límite de todas las cosas, el límite de todos los límites, pero además es irrebasable, porque cualquier trascendencia, cualquier más allá del lenguaje también es lingüístico[3]. En todo caso, a la filosofía posmoderna, que es una filosofía de la finitud y del límite, en la actualidad se le opone la filosofía de la totalidad o de la complejidad. En Jaspers hay coincidencias y diferencias con la una y con la otra.

1er límite.
Tesis: el yo no es equivalente con la objetividad[4]

En esta tesis no está en cuestión si existe el conocimiento objetivo, si encierra o no verdad o si es útil o inútil,

[2] Para la importante diferencia entre *praxis* y *poiesis,* totalmente olvidada en la psiquiatría contemporánea, ver César Ojeda: *La presencia de lo ausente.* Cuatro Vientos, Santiago, 1998.

[3] Si en la filosofía posmoderna se postula que todo lo pensable es lingüístico sin duda que hay razones para ello, es decir, es algo pensable. No obstante, ¿es verdadero? Por lo pronto, ya en el conocimiento sensible conocer y distinguir el rojo del azul no es una experiencia lingüística. La negación implícita en este conocimiento, es decir, que el rojo no es azul y viceversa, porque de no ser ese el caso todo se nos presentaría en la más extrema e indiscernible confusión, también es prelingüística, de modo que el principio de contradicción no es lingüístico, opera ya en la sensibilidad. Por lo demás, si el lenguaje es el límite de todo es porque se ha entrevisto algo más allá del límite, por oscuro e impreciso que sea; caso contrario diríamos que el lenguaje, sin más, es todo, no un límite. Decir que todo lo pensado y pensable es lenguaje, como dice el posmodernismo, es distinto a decir que todo, sin más, es lenguaje, lo que quizá nadie se atreva a decir mientras conserve un adarme de razón.

[4] En el lenguaje corriente cosa y objeto son equivalentes; en el filosófico, en cambio, objeto es la cosa en cuanto conocida, es decir según está en la mente del cognoscente. El objeto, lo conocido, es extrínseco a la cosa, no es la cosa, sólo refiere a ella. De allí que podría haber cosas sin que haya sujetos, pero es imposible que haya objetos sin sujetos cognoscentes. Objeto lo usamos aquí en su sentido filosófico.

todo lo cual ha sido contestado positivamente en la Psicopatología General que contiene gran cantidad de este tipo de conocimiento. El asunto exclusivo que se plantea es el de si podemos o no aprehender objetivamente el yo.

Por lo pronto tenemos el concepto objetivo de lo lejano y el concepto objetivo de lo cercano. ¿Pero el concepto de lo lejano está lejos y el de lo cercano cerca? ¿Hay alguna relación espacial entre los conceptos? Desde luego que no, el pensar no es espacial sino del espacio. Tampoco es temporal, sino del tiempo. El concepto de lo pesado no pesa ni más ni menos que el de lo liviano, porque el pensar no pesa, es de lo pesado, ni tampoco el concepto de fuego quema, ni el de agua moja ni la sensación de rojo es roja. ¿Qué relación guarda el pensar con lo pensado? Cualquiera que sea no es una relación de identidad, de modo que lo pensado como yo nunca soy yo.

Por otro lado, se supone que entendiendo objetivamente los asuntos se los entiende bien y con certidumbre. Sabemos objetivamente, y no hay nada más objetivo que la matemática, que 1+1=2. Ahora bien, para que esto sea posible es necesario que 1 y 1 sean idénticos, porque no se pueden sumar peras con manzanas; pero ocurre que si son idénticos son lo mismo, y de acuerdo con el principio de los indiscernibles (Leibniz) no se pueden sumar. Si yo me sumo a mí mismo no somos dos, sigo siendo uno. El que 1+1 sean 2, y con ello toda la objetividad, es en realidad un admirable e insoluble misterio.

1ª Conclusión. Entre el pensar y lo pensado, entre el ser y lo pensado, entre la cosa y su objetivación no hay identidad sino un hiato.

2ª Conclusión. Lo pensado no piensa. El yo pensado no piensa, *ergo* no es real.

3ª Conclusión. El pensar está en acto real, lo pensado en acto intencional.

4ª Conclusión. Si el yo real no es un contenido pensado sino acto real, no puede ser conocido a través de la objetivación.

5ª Conclusión. El pensar es mayor que la objetividad, porque junto con el ser se piensa también el no ser (negatividad). El pensar no sólo es más amplio que la objetividad, sino también que la totalidad.

La apasionada búsqueda contemporánea de objetividad en la psiquiatría, ¿es un síntoma neurótico? ¿O es un malentendido? ¿Se tiene conciencia de los límites de la objetividad a cien años de la publicación de la Psicopatología General?

2º límite.
Tesis: el ser humano no es objetividad sino existencia

Esta tesis jaspersiana entronca, en primer lugar, con la metafísica clásica. Las cosas, dicho muy en general, son lo que son; el hombre, entonces, es lo que es. Pero aquí hay dos términos fundamentales y diferenciados: el *lo que* y el *es.* El *lo que* es aquello que *es*. El *lo que* de esta mesa es su ser mesa como contradistinta de ser silla o perro. El *lo que* es la esencia objetiva de la cosa. ¿Pero qué es el ser de la cosa, es decir, el *es* del *lo que*? Por lo pronto, si en el *lo que* de la mesa podemos distinguir las patas, la cubierta, los refuerzos y tornillos, ¿podemos también distinguir el *es* de la mesa como una parte de la mesa? Desde luego que no, porque las patas, la cubierta y los tornillos son. El ser de la cosa no es parte de la cosa ni algo que se agrega a la cosa. Por lo demás, el perro y la silla también son. Es fácil hablar del *lo que*, la ciencia se interesa en ello. ¿Pero que es el ser? Desde Kierkegaard, al que sigue Jaspers, se admite que la esencia del hombre, a diferencia de los otros entes del mundo, no es su *lo que* sino su ser, que se ha llamado existencia. En otras palabras, el hombre no es una composición de esencia (*lo que)* y ser, sino que su esencia es su existencia.

1ª Conclusión. La ciencia se ocupa de los predicados de las cosas, pero Kant decía que la existencia (ser) no es un predicado real. En efecto, los predicados pueden afirmarse y negarse con sentido. Predicamos con sentido de las ovejas que son negras y son blancas, y también su negación, es decir, que en este caso no son negras o no son blancas, del mismo modo que predicamos que esta mesa es grande, que le falta una pata o que el perro ladra. De allí que podamos, con sentido, separar y poner en un establo las ovejas negras y en otro las blancas. Ahora bien, si la existencia fuera también un predicado real podríamos predicar de las ovejas que existen y de las que no existen, y por ejemplo poner en dos establos distintos las existentes y las no existentes, lo cual es evidentemente absurdo. Heidegger, cuya filosofía es una pregunta explícita por el sentido del ser concluye, en el *abgrund* (abismo), lo cual cae muy lejos del conocer objetivo.

2ª Conclusión. El ente es, pero el ser no es un ente ni es pensable como tal.

3ª Conclusión. El ser del hombre es existencia. La esencia del hombre no es un *lo que,* es existir.

Objeción. Esta forma de ver las cosas se ha tildado frecuentemente, aunque sin razón, como irracionalismo, subjetivismo o sentimentalismo. Al respecto se puede leer a Lúcàks, pero para dilucidar el asunto es necesario proseguir la reflexión.

3er límite.
Tesis: el existir es verbo, no sustantivo

Si la esencia del hombre es existir (verbo y actividad), entonces es movimiento. La vida humana es cambio y movimiento. ¿Pero qué clase de movimiento? Como se recordará, entre otros, Aristóteles distinguía el cambio de lugar (cambio accidental) y la generación y corrupción (cambio sustancial). En la modernidad se han distinguido tres tipos de movimientos humanos: el inercial, el dialéctico y el cibernético[5].

A.- Movimiento inercial. Es un movimiento puramente objetivo y no se gana nada en el proceso. Su fórmula lógica es: A no es no A (–A), pero de modo tal que –A niega y anula A. Por ejemplo: la ciencia no es el arte. Lo real es la ciencia, el resto debe ser negado y suprimido por irracional. O la eficiencia, asunto tan socorrido en la actualidad, no es la justicia ni la belleza, etc., de modo que en nombre de lo primero lo otro debe ser negado.

El movimiento inercial supone condiciones iniciales constantes y reiteradas (el universo de Laplace), el reduccionismo y el determinismo. Es el movimiento de una lanzadera que no teje, que aísla un cordón y lo trae y lo lleva siempre el mismo. Se trata de un movimiento puramente accidental. Que las condiciones iniciales expliquen y contengan todo lo demás se aprecia claramente en las apelaciones a la genética, y en general a cualquier mecanismo que se reitera y que sirve de fundamento.

B.- Movimiento dialéctico. Es objetivo-subjetivo y ganancial, y su fórmula lógica es A y –A + la negación de la negación. Tanto A como –A están puestos, y están puestos como negación, pero con ello el movimiento no acaba porque negando la negación ambos son conservados en la síntesis. La negación de la negación no niega A ni tampoco –A, lo que niega es su negación, dando lugar a la síntesis. La síntesis es irreductible a sus elementos, pero los conserva, y en ella hay algo nuevo (ganancia), y también algo real

El movimiento dialéctico es generador, sustancial. El arte y la ciencia, por ejemplo, aunque no son lo mismo se suman, del mismo modo que la eficiencia, la belleza y la justicia. La lanzadera no viene y va sin frutos, en su movimiento teje un tapiz que queda (*praxis)*. La dialéctica introduce la historicidad, y por ende el movimiento tiene orientación y sentido. No obstante, supone el absoluto. Se puede contemplar como dialéctico un proceso sólo al final del mismo, es decir, una vez alcanzado su fin, de modo que la dialéctica no tiene futuro, lo realizable ya está realizado, concluido, sintetizado.

C.- Movimiento cibernético. Hay una cibernética inercial, por ejemplo la regulación de la temperatura, pero el sentido de fondo es el de finalidad, gobierno e incremento del orden. También este es un movimiento objetivo-subjetivo y ganancial. Pero la ganancia no está asegurada, el movimiento queda siempre abierto a pasos ulteriores, porque las posibilidades de orden y gobierno son infinitas. No es posible establecer a priori qué y cómo va a reentrar, y el fin no está establecido. Cada estado final es provisorio, pero también son posibles la ruina y el fracaso.

Si el hombre es existir y movimiento no sabe lo que es, tiene que serlo para saberlo. Consiste, por ende en un poder ser, de modo, dice Jaspers, que no se puede predicar en general lo que somos, sólo los caminos por los cuales cada uno llega a serlo. La existencia es ejercicio, actividad, cuyo fin es ignoto pero sobre el cual cada quien tiene cierto gobierno. Cibernética es la concepción que impregna toda la psicopatología de Jaspers.

Conclusión. Hay tres formas de ver al hombre en su movimiento a la luz de la clasificación anterior. En el estadio de sí mismo (la nomenclatura es variable) el sujeto se diferencia del medio exterior, que lo enfrenta. En la yoización se produce una centralización egótica del sí mismo. En la fase de personalización (existencia), se dispone del yo. Entonces, ¿el yo remite al sí mismo o a la existencia? ¿Todo se explica por las condiciones iniciales? ¿Hay inercia, dialéctica o cibernética? ¿Hay ganancia y más realidad en el desarrollo humano (generación y corrupción)? ¿La vida humana, en definitiva, es homeostática y obturante, o aperiente? El existir no es un sustantivo, un *lo que,* sino un verbo. Lo activo y determinante en el hombre es la existencia; el yo (*lo que)* es lo determinado.

4º límite.
Tesis: la ciencia moderna es un modo de descubrir límites

La ciencia, dijimos, estudia el *lo que* de los entes, pero el ser lo da por supuesto. Para Jaspers, la ciencia es un conocimiento metódico cuyas conclusiones son convincentemente ciertas para toda inteligencia que las entiende, además con validez general, de modo que

[5] En esta forma de presentar las alternativas seguimos a Leonardo Polo, cuya filosofía, con una lejana pero no por ello menos profunda e indudable influencia jaspersiana, versa sobre lo que llama el límite mental.

su sentido se mantiene de forma unánime por distintas subjetividades y donde junto con lo verosímil se puede reconocer lo incierto y lo inverosímil. Racionalización, método y convicción son sus características esenciales.

Sin embargo, la ciencia moderna es inacabada, no concluye, como en Grecia, en la imagen de un cosmos armónico, bello y completo. Antes bien, en ella se revisa todo, una y otra vez, desde sus fundamentos. Se pregunta, pero sin alcanzar ningún final, de modo que no aprehende el mundo como mundo sino una perspectiva de él. En efecto, ninguna ciencia abarca por sí misma todo lo real empírico y lógico, ni hay un método ni una categoría que prevalezca sobre todas las otras ni a partir de la cual todo pueda ser deducido, antes bien, todo queda abierto a ulteriores desarrollos.

Si ninguna ciencia comprehende el todo, los diferentes objetos del estudio científico son límites prácticos y evidentes del conocimiento que proveen. La lógica y la matemática, por ejemplo, son ciencias formales, exactas, pero carentes de contenido. El objeto de estudio de las ciencias empíricas de la naturaleza, la física, la química, la biología, etc., son múltiples, y lo mismo que ocurre con las ciencias del espíritu, tales como la historia, el arte, la política, etc. La consideración de los objetos de estudio de la ciencia como una serie de especies dependientes de tres o cuatro géneros básicos, que sigue Jaspers, en realidad es bastante antigua. Popper hablará después de los mundos 1, 2 y 3, a los que conectaba, aunque no asimilaba, por medio del emergentismo. El emergentismo reconoce el límite y la falta de unidad de las ciencias y de sus hallazgos al mismo tiempo que los relaciona y los supera, aunque sin anularlos.

Por otro lado, hay ciencias cuyo objeto de estudio aún no está bien dilucidado, por ejemplo la psicología. ¿Existe la psicología como ciencia? Por un lado trabaja con los resultados de las ciencias naturales (fisiología), por otro lado con los de la antropología, los de las ciencias comprensivas y hermenéuticas y, por último, con los de la filosofía. Pero es obvio que nada de ello es nativo ni creación de la psicología, sólo los toma para su uso del terreno en que han nacido y donde siguen realmente creciendo. El estatuto científico de la psicología, a juicio de Jaspers, no estaba nada claro, y cien años después las cosas no parecen haber mejorado.

No obstante lo anterior, para Jaspers la filosofía hoy sólo puede realizarse sobre la base de las ciencias, aunque partiendo de su propio origen y con su propia finalidad. No se trata que la filosofía sea científica, o una especie de superciencia que englobe o dirija a las ciencias, sólo que no puede desentenderse de ningún hallazgo ni de ninguna verdad, por limitada y parcial que sea. La veracidad del hombre en la actualidad, decía, está condicionada por su cientificidad, que es un elemento de la dignidad humana y de la iluminación del mundo. No se puede filosofar contra la ciencia, concluía, con afirmaciones ciegas, inconscientes, apasionadas y exentas de crítica. Queda claro, entonces, que si bien entre las ciencias hay límites, entre la ciencia y la filosofía se establece un nuevo límite, porque no son lo mismo. Las ciencias conducen a la filosofía, pero ni las ciencias son filosofía ni la filosofía es ciencia.

5º límite.
Tesis: la psicopatología no provee ninguna visión unitaria del hombre ni del enfermo

Las objetividades ensayadas en la psiquiatría, dice Jaspers en *Balance y Perspectivas*[6], es decir, la constitución física, el carácter, el tipo somático, la unidad patológica, etc., resultan ser *una* totalidad pero no *la* totalidad. El hombre total está más allá de toda objetivación tangible, no es cabalmente integrable como totalidad para sí mismo ni tampoco para el investigador, permanece abierto y siempre es más de lo que puede saber de sí (recuérdese la 1ª Tesis).

Si el enfoque de Jaspers era cibernético, necesariamente el ser humano ha de ser incompleto en su esencia, una empresa a realizar, donde las condiciones iniciales, si se puede hablar así, no fijan el sentido de todos los escalones y estadios posteriores, que han de traer novedad y, sobre todo, realidad. Es imposible, por lo mismo, acceder en la Psicopatología General a un conocimiento total, fundamental u original. Pero si además el hombre está ahí cibernéticamente, es decir, realizando un orden creciente y propio, necesariamente está como libertad, como poder ser y como posibilidad, de modo que por este otro motivo el conocimiento psicopatológico será siempre incompleto y necesariamente fragmentario. La psicopatología, en tanto que científica, no puede conocer la libertad, porque entre naturaleza y libertad hay una insoluble contradicción, de modo que si la libertad es real la psicopatología, en tanto que científica, no es un principio del todo ni un punto exacto ni para el conocer ni para la práctica, y no se debiera poner esto o aquello como fundamento porque así se cierra la esencial aperturidad humana, y empobreciendo la vida se la torna puramente inercial.

Las afirmaciones anteriores permiten comprender que el propósito de la Psicopatología General era el de

[6] Jaspers K. *Balance y perspectivas.* Revista de Occidente, Madrid (no tiene fecha de edición).

recoger y discutir todos los diferentes puntos de vista ya alcanzados, porque la psicopatología, igual que la psicología, carece tanto de unidad como de un objeto claro de estudio, echa mano de las ciencia naturales y humanas para constituir un fondo inteligible desde donde pensar ciertos asuntos que atañen a la vida humana. Por eso, el propósito conscientemente admitido y expuesto del autor no era construir una unidad, que por la heterogeneidad de los métodos y los resultados resultaba imposible, sino brindar claridad conceptual sobre lo que se sabía y sobre lo que no se sabía en cada ámbito, dilucidando, de paso, los modos en que lo objetivado se ponía en evidencia y dentro de qué límites. El tema entonces no es sólo lo que se sabe sino cómo se sabe, por ende un saber sobre lo sabido, un saber cuyo objeto es lo sabido en sus límites.

El límite en el tema de la comprensión es un asunto que ha perfilado con claridad Jaspers, sin embargo pareciera que no ha sido atendido. Quisiéramos detenernos un minuto en ello, porque refleja todo el espíritu que, consciente de los límites, se muestra cauto, medido y exento de triunfalismos, el cual espíritu recorre toda la Psicopatología General.

El comprender, como la dialéctica, siempre mira al pasado y en él se realiza y se acaba. No tiene futuro. No hay una comprensión del futuro porque el futuro ni existe ni ha existido, no ha acontecido y queda abierto. Como nadie lo conoce nadie puede comprenderlo ni anticiparse. Aparte la aplicación de este saber al terreno de la historia, siempre tan llena de sorpresas, también en el ámbito individual el mayor de los desalmados puede mañana convertirse en el más insobornable de los santos. Es altamente improbable, sin duda, pero no es imposible y ha ocurrido. La cenicienta deviene princesa y el enano pulgarcito el más grande de los hombres. La inversión de los papeles es un tema clásico de la mitología y del arte, y resulta plenamente coherente con un enfoque cibernético, como el de Jaspers, de la existencia y la libertad humanas. Si partiendo de lo sabido hoy extrapolo al futuro probablemente acierte, pero sólo probablemente, y que ese conocimiento no es de algo necesario lo demuestra el que en mis anticipaciones no puedo, honradamente, estar seguro. En cambio, puedo asegurar que hoy, mañana y siempre los ángulos interiores de un triángulo medirán 180º. Si alguien pudiera mostrar un solo caso en que esto no se cumple toda la geometría se vendría al suelo, sería un saber probable pero no cierto ni necesario, no sería una ciencia, sino, como la psicología y la psicopatología, una aproximación. Por otro lado, en lo comprendido está siempre presente el que comprende, y su comprender lo transforma. El variable modo de ser del que comprende decide también sobre lo comprendido, de modo que por esta razón circular tampoco el comprender es una ciencia. Los métodos comprensivos y hermenéuticos aplicados en la psicología son de una gran ayuda, pero es preciso reconocer el ámbito en el que valen, y con ello sus límites, para no hipotecar el futuro del hombre o ponerlo bajo un solo denominador.

6º límite.
La situación y las situaciones límite

Las situaciones límite y la operación filosófica fundamental, que trataremos más adelante, no son materias desarrolladas en la Psicopatología General, aunque aparecen mencionadas muy someramente. Sin embargo, proveen un marco que permite inteligir aquella obra y su idea del límite al tiempo que compararla con el de la filosofía posmoderna, por eso nos detendremos en ellas.

Que el hombre esté en situación significa que no es un ser puramente reactivo ni efecto de estimulaciones, ni movido sólo por impulsos, instintos, etc., porque para estar en situación, y no meramente en un entorno o en un medio ambiente, hay que estar por encima de ella, conociéndola y actuando según ese saber, que puede ser cierto o falso, seguro o dudoso, etc., pero que en cada caso es con lo que el existente cuenta y vive.

La situación es un límite de la vida humana real. Por lo pronto no se elige, he caído en ella, estoy, diría Heidegger, arrojado en ella. Desde el punto de vista sociológico, histórico, cultural, jurídico, económico, etc., la situación me impone infinidad de límites, pero a pesar de todo, incluso no habiéndola elegido, en ella puedo elegir, me deja alternativas. Aunque sea más o menos opresiva es indudable que puede ser modificada y que se transforma con el curso del tiempo y la actividad de los hombres. Es que si la existencia es movimiento (3ª Tesis) frente a cada límite hay un más allá visible del mismo. Cualquier límite siempre es transparente en la situación, y a ese más allá uno puede aproximarse, incluso alcanzarlo, aunque también cabe fracasar, pero ni el éxito ni el fracaso son la última palabra de cara a la existencia, que no se mide por ellos.

En la situación, por lo tanto, no hay signos inequívocos de hacia dónde he de marchar, cómo he de vivir, dónde realmente estoy, qué debo hacer o qué me cabe esperar. La situación es incierta, y en ella me cabe resolverme por algún derrotero, imprimir a mi propia vida algún sentido, o simplemente dejarme llevar, no hacer nada, aunque ese no hacer sea también una forma de hacer en tanto es una decisión mía.

Ahora bien, lo propio de las situaciones límite, a diferencia de la situación en general, es que carecen de transparencia, más allá de ellas no se ve nada, la oscuridad es absoluta y nada ni nadie puede responder, pero cada hombre, en cualquiera sea su situación, está encerrado en sus límites y en las consecuencias que suponen. En la *Psicología de las Concepciones del Mundo*[7] (1921) las formula Jaspers por primera vez, y su nómina es la siguiente: la muerte, el acaso, la lucha y la culpa. Ningún hombre, en ninguna situación, puede escapar al hecho de que tiene que morir, que está en manos del azar, que debe luchar y que es culpable. El individuo contemporáneo acepta con naturalidad que tiene que morir; quizá tenga puesta sus esperanzas en algún hallazgo de la genética, aunque con ello la muerte deje de ser un límite. No obstante, es completamente reluctante a admitir que esté en manos del azar, que tenga que luchar o que sea culpable. Los largos y reiterados años de pensamiento utópico y falso optimismo probablemente han degradado la sustancia humana de tal modo que ya no pueda reconocerse a sí misma, y sería demasiado largo argumentar ahora las razones que avalan esta vieja sabiduría. El hombre actual ya no entra en las situaciones límite como aconsejaba Jaspers, con los ojos bien abiertos, ni vive tampoco de cara a ellas. En todo caso, de hacerlo, la propia vida queda profundamente transformada.

INTERMEDIO

El conocer científico, el comprender hermenéutico, la misma existencia en las situaciones y en las situaciones límite proveen al hombre de un saber limitado, antinómico, en muchos sentidos insoluble y de ningún modo decisivo, en donde no termina de conocerse ni reconocerse. Lo que sea y lo que debe ser queda por ende en suspenso y en la más completa incertidumbre. Como se ve, al llegar a este punto del trayecto la filosofía de Jaspers y la del posmodernismo son equivalentes. La finitud, el límite, parece ser todo el destino de la vida humana, porque el punto de partida es también el de llegada. La vida es inercial, una pasión inútil como la llamaba Sartre. Sin embargo, hay una gran diferencia.

Quien carezca hoy de la conciencia del límite se nos aparece, en el mejor de los casos, como un rústico desinformado. La filosofía posmoderna ha desenmascarado suficientemente todas las anteriores pretensiones de lo ilimitado. Pero es bien distinto hablar de los límites en las postrimerías del siglo XX o en los comienzos del siglo XXI, que en 1913, cuando bajo ropajes diversos prosperó toda suerte de universalismos y absolutismos, ya sea de carácter filosófico, científico, psicológico, sociológico, económico, racial, etc. El triste papel del cognoscente carente de límites, y por lo mismo convertido en profeta, alentó las mayores brutalidades y excesos, que la humanidad del presente todavía lamenta y de cuyas consecuencias vive. Es lógico que los vástagos de aquella generación, entregada al delirio y la embriaguez, miren con horror a sus padres, y que se hayan encerrado en una estrecha casa de reposo antimetafísica a modo de cura de abstinencia, para apartados del mundo superar los temblores, recuperar las fuerzas y reponerse. La monstruosa obesidad mórbida de sus ociosos y soñadores progenitores, las toneladas de grasa inútil acumulada por los popes de la generación anterior, recomendaba a sus avergonzados sucesores la más estricta de las dietas, incluso el *by-pass* o la banda gástrica filosóficas que los están llevando peligrosamente a diluirse y esfumarse.

Esta posmoderna reclusión voluntaria en el hogar protegido, seguro y limitado del lenguaje no es más que una manifestación de amargura y decepción, porque aunque lo pretende realmente no trasciende del pasado. No se trata de dialéctica ni de cibernética, porque si todo lo pensable es lenguaje y sólo lenguaje se niega todo lo demás, y se franquea su incurable carácter inercial: A y –A. Jaspers, en cambio, en la pleamar de las chifladuras del siglo XX es como el sereno vigía que advierte la desmesura y señala los límites, pero no para hundir y enterrar el pensamiento sino para salvarlo y recuperarlo. Por eso, no hay en él una pizca de desesperación, es la voz eterna de la razón que más allá de los límites se abre sobre lo infinito, que no claudica y que debe recomenzar cada vez.

Es insensato pretender que el hombre se encerrará por siempre de buen grado en lo que quiera que sea que lo limite. El apocamiento no es su naturaleza ni su condición, sólo es un momento para enjugar la desdicha. Ya Eva, tentada por el conocer, en un desafío lleno de insaciable curiosidad, se atrevió a ir más allá del límite, desbaratando su bienestar y su placidez. Basta que al hombre se le ponga un límite para que se proponga traspasarlo, poniendo todo su empeño, y hasta fracasar si es preciso. Más acá del límite se vive con gran seguridad y tranquilidad, pero la inquietud, la cibernética propiamente humana, no se aviene con ello. En todo caso, para un filósofo, el asunto es cómo trascender los límites, pero reconociéndolos, y en el contexto de la razón, no del deseo y el delirio. Como dice un antiguo

[7] Jaspers, K. *Psicología de las concepciones del mundo.* Madrid, Gredos, 1967.

refrán, para que la singladura sea loca el marinero debe ser cuerdo, cibernético; caso contrario, simplemente no hay travesía sino inercia pura.

LÍMITE Y MÁS ALLÁ DEL LÍMITE. LA OPERACIÓN FILOSÓFICA FUNDAMENTAL

El ser humano, para existir, requiere de lo otro que no es él, es decir, de la objetividad, de la situación, de los demás, etc. Siempre está vertido sobre el mundo, y sólo en él encuentra posibilidades para ser. Sin embargo, a consecuencia de los límites no hay ningún asiento firme e inequívoco sobre lo que echar pie y reposar. Es más, con las situaciones límites se transparenta que ha de vivir haciendo lo que no quiere, que no comprende, incluso que rechaza del modo más íntimo. En el mundo nada se revela como el origen del mundo, el fundamento inconcuso. Todo lo sabido y conocido encuentra límites. Tampoco se halla un sostén para el propio ser. Nada es lo último ni lo primero, todo está en el tiempo que trae y que lleva sin saber cómo ni por qué (6ª Tesis).

Recordemos, para concluir, algunos de los antecedentes que hemos discutido en este trabajo. En primer lugar, en el autoconocimiento, al objetivarnos, nos convertimos en algo distinto de lo que somos, y aunque seguimos existiendo como un yo pensante no podemos pensarnos adecuadamente como objeto porque somos el supuesto de todo volverse objeto (1ª Tesis). Por otra parte, todo objeto determinado, cuando se piensa claramente, incluso científicamente, está en relación con otros objetos, de modo que ser determinado, o ente en general, significa ser limitado y por ende distinto de otros objetos (4ª Tesis). Incluso cuando se piensa el ser en general sólo puede pensárselo como opuesto a la nada, es decir, en el límite y la escisión. El pensamiento nunca es pensamiento de todo ni nunca da con el ser mismo sino con sus límites (5ª Tesis).

Pero de las observaciones anteriores se infiere que el ser ha de ser tanto sujeto como objeto, aunque así no se objetiva de ningún modo, sólo se anuncia en la escisión pero sin comparecer. El ser no se presenta a sí mismo sino que en él se hace presente todo lo demás. Todo lo demás, insistimos, que sólo podemos pensarlo en la escisión o como sujeto o como objeto, como límite en definitiva.

Como la palabra ser tiene una larga tradición que mueve a realizar asociaciones infundadas o indeseadas en relación con lo que se plantea, y aunque Jaspers no rechace el termino ser, generalmente lo llama como lo envolvente o lo abarcador, que no remite a nada conocido sino al horizonte que abraza y contiene al sujeto y al objeto en su escisión y mutua referencia, y que, como todo horizonte, se mueve conmigo y se distancia cada vez que me aproximo. Como no es posible conocer lo que sea el ser, excepto afirmar que es, Jaspers, igual que el posmodernismo, rechaza cualquier ontología, pero, a diferencia de los posmodernos desarrolla lo que llama una peri-ontología, es decir, una metafísica que elucida los caminos por los que el ser se hace evidente aunque sin mostrarse.

Ahora bien, si lo envolvente no es sujeto ni objeto trasciende de ambos y los contiene a ambos, de modo que se conoce en un trascender inobjetivo. La trascendencia, dice Jaspers, es real para nosotros en tanto que presencia en el tiempo, y la existencia es sólo de cara a la trascendencia. Lo que del ser se revela a la existencia no se puede pensar objetivamente, ni investigar como realidad empírica, ni representar en los términos que acostumbramos ni tampoco como vivencia, siempre es trascendencia y no lo trascendente (verbo, no sustantivo). Se busca la certidumbre del ser a pesar de la imposibilidad de conocerlo, dice Jaspers, pero brota del fondo de la limitación e imperfección de la existencia empírica, y en la tensión de lo que debe ser pero no es. El ser, agrega, se ha pensado sólo como existencia empírica, o como un absoluto sustancial a partir de lo cual todo lo demás se deduce, pero en ambos casos solo es un objeto del pensar, no algo real y actual. La certidumbre del ser no puede ser verdadera como mero conocimiento, sino formando unidad con el presente histórico concreto del existente, como su propio horizonte, por lo tanto no como un saber sino como un saber que es sobre todo un hacer.

Si bien el límite es real, ni todo el ser está en el límite ni el límite es todo el ser. Sin embargo, en Jaspers, a diferencia del posmodernismo, en cuanto la aprehensión de lo envolvente permite un trascender inobjetivo del límite hay también para el acto humano una posibilidad de acceso al ser y al absoluto. En este punto, en todo caso, hay que ser muy cuidadosos, porque un más allá del límite, aunque ya no podemos especificar su implicaciones, no se trata de un saber con validez general sino de un actuar. El más allá del límite no es un saber conocido sino un saber en el no saber. Casi se trata de una apuesta, en el estilo pascaliano, o lo que de apuesta tiene toda vida humana que en la conciencia del límite y de la libertad sabe que vive sin garantías objetivas y en un no saber esencial.